

de plumaje poco llamativo; generalmente solitario y de vida retirada en la espesura, todo lo cual hace que resulte difícil individualizarlo.

Desde luego que no escapa a mi criterio la posibilidad de que se trate de un pájaro librado del cautiverio, aunque, sobre el particular surgen algunas dudas no infundadas. En efecto, son mantenidos en cautividad:

1: los pájaros granívoros, debido a la mayor facilidad para proveerles alimentos.

2: los de hermoso plumaje, por razones de estética.

3: los que se distinguen por su buen canto.

Por lo tanto, se resiste uno a creer que haya quien se tome el trabajo de traer del Chaco, o de Salta, etc., un ave insectívora ya de por sí difícil de alimentar durante el viaje, cuanto más durante el sucesivo cautiverio; además no canta ni posee plumaje llamativo.

Sobre esto, a propósito, hago mío el razonamiento del señor Rafael E. Housse, refiriéndose al *Agelaius ruficapillus ruficapillus* (Vieillot) en Chile (Hornero, 8 (1): 54-55, 1941) al decir: «Además aquella especie no es de suyo ave de jaula, ni por la elegancia de su color, ni por la belleza de su canto; ni puede serlo en casas particulares, por la dificultad de procurar a tales insectívoros el alimento vivo adecuado».

El motivo por el cual he tardado desde 1945 hasta hoy en notificar mi captura es debido a que mantenía la esperanza de repetir el hallazgo. Tal esperanza se ha desvanecido, pues recientemente ha sido talado el monte de sauces donde capturé el pájaro de que me he ocupado en esta nota. — JUAN B. VASCO, Buenos Aires, junio 25 de 1951.

DOS NIDOS DE RATONA

La bibliografía ornitológica cuenta con numerosas citas sobre la ubicación de nidos de la Ratona (*Troglodytes musculus*) en lugares y situaciones curiosas. En mis notas tengo dos que creo merecen citarse. Ambos son de la estancia La Brava, Junín, provincia de Buenos Aires.

Uno de los nidos estaba construido dentro de un traje de baño colgado de una percha, en un cuarto chico. Estando la puerta casi permanentemente cerrada, la única entrada disponible a las Ratonas era un agujero del vidrio, provocado por una tormenta de granizo. Este agujero era angosto y de bordes cortantes. Si uno entraba repentinamente al cuarto, la Ratona volaba directamente del nido al exterior a través del hueco de la ventana, pasándolo en pleno vuelo, cosa que a primera vista parecía imposible. Para volver a entrar siempre se detenía sobre el filo del vidrio roto. De la ventana al traje de baño había una distancia de unos tres metros. Cuando descubrí el nido tenía 5 huevos y todo me hace suponer

que sacó las crías con éxito pues sus enemigos más encarnizados, los gatos, no podían entrar al cuarto.

El otro nido estaba hecho dentro de un cráneo de vaca, en una pila de huesos que se formaba amontonando las osamentas traídas de los potreros. Este cráneo estaba colocado a aproximadamente un metro y medio del suelo. La entrada al nido era el agujero occipital, por donde asomaban algunas ramitas. Girando con cuidado el cráneo encontramos 5 huevos, todos frescos, que volvimos a poner en su lugar. Recuerdo que en Alzaga, provincia de Buenos Aires, en una pila de huesos similar, empleados para calentar un horno de marcas de hacienda, había también un nido de Ratona, pero como el cráneo empleado, de caballo en este caso, tenía la primera vértebra unida, la entrada al nido era por un agujero en el paladar. Este nido contenía 4 huevos. — EMILIO ZUBERBÜHLER, *Buenos Aires, mayo de 1952.*